

**JUEGOS DE LENGUAJE ENTRE AGONISMO
PLURALISTA
Y DEMOCRACIA RADICAL:
USOS DE WITTGENSTEIN EN LA OBRA DE
CHANTAL MOUFFE**

**LANGUAGE GAMES BETWEEN PLURALIST
AGONISM AND RADICAL DEMOCRACY:
USES OF WITTGENSTEIN IN THE WORK OF
CHANTAL MOUFFE**

Agustina Victoria ARRIGORRIA
*Universidad de Buenos Aires**

RESUMEN: El objetivo de este trabajo es realizar una aproximación a la apropiación crítica de la filosofía wittgensteiniana por parte de Chantal Mouffe. Comenzaré exponiendo la tesis antiesencialista e indeterminista propuesta por Wittgenstein y su noción de juegos de lenguaje a través de su caracterización como parecidos familiares y formas de vida. Luego, expondré el marco teórico mouffeano: la concepción antiesencialista e indeterminista de los sujetos políticos y de la sociedad y la noción de discurso deudora de la filosofía wittgensteiniana. A continuación, demostraré cómo dicha concepción del lenguaje permite a Mouffe analizar el liberalismo en términos de parecidos familiares y confrontarlo a través de la idea del discurso como hegemonía, agonismo y afecto. Finalmente, mostraré cómo los juegos lingüísticos le permiten comprender un pluralismo agonista por la discusión de conceptos y cómo estos, inesenciales e ilimitados, se contaminan y complementan posibilitando la paradoja democrática bajo los términos “igualdad” y “libertad”.

* Auxiliar de investigación en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Presidente J. E. Uriburu 950, 6to piso. CABA – Argentina (C1114AAD). agus.arrigorría@gmail.com.

PALABRAS CLAVE: Juegos de lenguaje, Teoría política, Democracia radical, Ludwig Wittgenstein, Chantal Mouffe.

ABSTRACT: The aim of this paper is to explore Chantal Mouffe's critical appropriation of Wittgensteinian philosophy. I will begin by presenting the anti-essentialist and indeterminist thesis proposed by Wittgenstein and his notion of language games through their characterization as family resemblances and forms of life. Then, I will present the Mouffean theoretical framework: the anti-essentialist and indeterministic conception of political subjects and society and the notion of discourse that is indebted to Wittgensteinian philosophy. Next, I will show how such a conception of language allows Mouffe to analyze liberalism in terms of family resemblances and confront it through the idea of discourse as hegemony, agonism, and affect. Finally, I will show how linguistic games allow him to understand an agonistic pluralism through the discussion of concepts and how they, inessential and unlimited, contaminate and complement each other, making the democratic paradox under the terms "equality" and "freedom" possible.

KEYWORDS: Language games. Political Theory, Radical democracy, Ludwig Wittgenstein. Chantal Mouffe.

1. Introducción

Chantal Mouffe (n. 1943) es una célebre filósofa política belga, mundialmente conocida por ser una de las precursoras de la corriente intelectual posmarxista e impulsora de la escuela del análisis del discurso de Essex. A través de la aplicación de las categorías del análisis discursivo a la teoría política, Mouffe ha trabajado en cuestiones vinculadas a la hegemonía, el antagonismo, y el agonismo político en el sistema democrático.

Considero que muchas de sus ideas se deben al impacto de la teoría del lenguaje de Ludwig Wittgenstein en la filosofía contemporánea. La negación de la determinación ontológica del sentido promulgada por el filósofo austríaco y la focalización en los aspectos pragmáticos de la lengua, han sido de cabal importancia para el desarrollo de muchas investigaciones pertenecientes a las disciplinas humanas y a las ciencias sociales (Jacorzynski, 2011).

Para demostrar mi hipótesis, en el primer apartado expondré las principales tesis de Wittgenstein en relación con la ontología y al lenguaje, a saber, su perspectiva antiesencialista e indeterminista del significado, y presentaré el

concepto central de su obra, la noción de juegos de lenguaje. Éstos, históricos y contextuales, se caracterizan por su vinculación antideterminista con el sentido socialmente compartido, y no por la referencia a una entidad ontológicamente cerrada y previamente establecida. Para explorar a fondo esta idea, describiré los juegos de lenguaje en su caracterización como formas de vida y parecidos familiares, imágenes con las que el propio autor metaforiza su concepto.

Luego, en el segundo apartado, haré una presentación de la teoría política de Mouffe a través de dos corolarios básicos que moldean su perspectiva: el antiesencialismo de los sujetos políticos y de la sociedad. Ambos, estarán permeados por una noción que atraviesa toda la obra mouffeana y describe el espacio material y simbólico en el que suceden los acontecimientos y se significan: el discurso. Esta noción, aunque homónima al dispositivo intelectual elaborado por Foucault, revela una mayor influencia de la filosofía de Wittgenstein y, en tanto práctica articuladora, se revela deudora de la noción de juego lingüístico.

A continuación, en el tercer apartado, explicaré el modo en que la concepción wittgensteiniana del lenguaje y su influencia materializada en la noción de discurso, permite a la filósofa belga comprender y analizar la perspectiva política liberal en términos de parecidos de familia, confrontado este parentesco ideológico con su propia visión centrada en la idea de discurso y otros conceptos como la hegemonía, el agonismo democrático y el afecto.

Por último, en el cuarto apartado, presentaré la noción mouffeana de pluralismo agonista vinculada a la discusión político-conceptual y demostraré cómo la comprensión indeterminista de los términos “igualdad” y “libertad”, de raigambre wittgensteiniana, permiten a la autora elaborar su idea de la “paradoja democrática”.

2. La filosofía de Wittgenstein y los juegos de lenguaje

Las *Investigaciones Filosóficas*¹ de Wittgenstein publicadas en 1953 surgieron en oposición a todo lo escrito sobre filosofía del lenguaje hasta el momento, incluso por el mismo autor en un momento anterior: su tesis sobre el indeterminismo semántico ataca el determinismo de la *teoría ostensiva* o *agustiniana* del

¹ A partir de ahora: “IF”.

lenguaje (según fue expuesta por San Agustín en sus *Confesiones* y retomadas por el filósofo austríaco para darle crédito). De ella se critica la concepción esencialista que sostiene que el lenguaje consiste en nombrar y combinar palabras y la noción del aprendizaje del lenguaje que se sigue de dicha teoría.

Dicha crítica inaugura las IF: el primer ejemplo que ofrece el autor sostiene que si se envía a alguien a comprar con una nota que dice «cinco manzanas rojas», la misma no denotará la definición de las palabras sino un uso determinado de las mismas, una orden (Wittgenstein 2009a: 19). Las IF ofrecen múltiples ejemplos por los cuales el autor piensa: «¿Qué *designan*, pues, las palabras de este lenguaje? — ¿Cómo debe mostrarse lo que designan si no es en su modo de uso?» (Wittgenstein 2009a: 25).

El hincapié en la utilización declina la posibilidad (e incluso la utilidad) de alcanzar una esencia ideal del lenguaje. Para Wittgenstein no existen definiciones necesarias y rígidas de las palabras, sino que el uso determina contextualmente su significado. El ejemplo de la lengua como una *caja de herramientas* demuestra que no hay modo de clasificar de una vez y para siempre, para cualquier tiempo y lugar, todos sus usos posibles:

Piensa en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unas tenazas, una sierra, un destornillador, una regla, un tarro de cola, cola, clavos y tornillos. - Tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras (...) lo que nos desconcierta es la uniformidad de sus apariencias cuando las palabras nos son dichas o las encontramos escritas o impresas. Pero su *empleo* no se nos presenta tan claramente. ¡En particular cuando filosofamos! (Wittgenstein 2009a: 26)

La confusión radica en que, pese a su aparente uniformidad, las palabras no son unívocas: existen innumerables géneros de signos, palabras y oraciones que generan variadas expresiones. Por esto, sostiene el autor de las IF, la definición ostensiva explica el significado de la palabra cuando el hablante ya conoce su función posible o actual, ya que «la definición ostensiva puede en todo caso ser interpretada de maneras diferentes» (Wittgenstein 2009b: 41). Así, el significado no radica en una definición *a priori rígidamente delimitada*, sino en su uso efectivo.

La falta de univocidad del lenguaje no sólo radica en la variedad de usos, sino en su apertura temporal: «esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como

podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan» (Wittgenstein 2009a: 37). Aquí, el cambio lingüístico no debe concebirse como *consecuencia* de procesos sociales externos sino *como* procesos sociales en sí mismos: el lenguaje, en tanto práctica, refleja y constituye la vida comunitaria.

Dada la falta de univocidad lingüística y la multiplicidad social de la que surge, no existe algo así como una esencia o definición única para comprender y explicar el lenguaje:

En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos, —sino que están *emparentados* entre sí de muchas maneras diferentes. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamamos a todos «lenguaje» (...) Considera, por ejemplo, los procesos que llamamos «juegos». Me refiero a juegos de tablero, juegos de cartas, juegos de pelota, juegos de lucha, etcétera. ¿Qué hay de común a todos ellos? - No digas: «*Tiene que haber algún común a todos ellos o no los llamaríamos 'juegos'*» —sino *mira* si hay algo común a ellos. (Wittgenstein 2009b: 79)

Los *juegos de lenguaje* constituyen el mayor aporte conceptual de las IF (Pene- las, 2020) al revelar un entretejido de significaciones imposibles de definir por fuera de la imagen metafórica de juego mismo que aloja la pluralidad. Su definición no es ostensiva sino recursiva: los juegos lingüísticos deben comprenderse por analogía con otros juegos. Esta operación retórica permite al autor definir el lenguaje mediante la referencia a los usos y la invitación a observar cómo se configuran²: rechazar el esencialismo y el determinismo que busca lo común en la lengua como cualidades esenciales o condiciones de necesidad y suficiencia para hablar exige mirar la realidad en pos de erigir una comprensión antiesencialista e indeterminista de la misma. La observación wittgensteiniana concluye en la idea de *parecidos de familia*:

² Según Staten el concepto de juego ofrece una metáfora o catacrexis del lenguaje en general por ser la idea que nombra el carácter general del funcionamiento de todos los demás conceptos (Staten 2001: 52).

No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión «parecidos de familia»; pues es así como se superponen y entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre los miembros de una familia: estatura, facciones, color de ojos, andares, temperamento, etcétera, etcétera. -Y diré: los ‘juegos’ componen una familia (Wittgenstein 2009b: 79).

Los parecidos de familia no tienen una definición rígida, los juegos tampoco. Así como los familiares se asemejan a través de rasgos variados que no todos comparten, los juegos de lenguaje funcionan como un entramado variado donde algunos juegos comparten con otros algunas características y estos con otros, sin haber una definición o cualidad común a todos. La pluralidad inscrita en este concepto muestra la multivocidad de las palabras y sus usos.

Wittgenstein no define los juegos lingüísticos ni los parecidos familiares con necesidad y suficiencia, pero no por falta de mérito, sino porque: en primer lugar, el tratamiento del lenguaje por analogía metafórica con los juegos y parecidos demuestra performativamente la imposibilidad de dar definiciones como supondría la teoría ostensiva; y en segundo lugar, su rechazo a la determinación del sentido le impediría dar respuestas de este tipo:

Pues *puedo* darle límites rígidos al concepto de ‘número’ así, esto es, usando la palabra «número» como designación de un concepto rígidamente delimitado, pero también puedo usarla de modo que la extensión del concepto no esté cerrada por un límite. Y así es como empleamos de hecho la palabra «juego». ¿Pues de qué modo está cerrado el concepto de juego? ¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. Puedes *trazar* uno: pues no hay aún ninguno trazado (Wittgenstein 2009b: 81).

El rechazo a la determinación del sentido desarrollado en los §§65-88 de las IF demuestran que no hay fijación del significante y el significado o la palabra y la referencia, la polisemia no sólo atraviesa el campo empírico por el uso lingüístico variable en cada contexto, cultura o tiempo sino que dicha indeterminación del sentido se inscribe ontológicamente. De la tesis de *indeterminación ontológica* se deriva la tesis de *indeterminación del sentido*: no hay fijación del sentido en el plano lingüístico porque tampoco hay asentamiento en el plano ontológico, como podría sostener la tesis esencialista para cual el sentido remite a una realidad previamente determinada.

Dado que la realidad y el sentido no están determinados con antelación, la filosofía debe comprender al lenguaje a través del uso, abandonando la ilusión que concibe la lengua como un epifenómeno derivado de una realidad esencial trascendental, primaria o anterior:

Estamos bajo la ilusión de que lo peculiar, lo profundo, lo que es esencial en nuestra investigación reside en que trata de captar la incomparable esencia del lenguaje. Esto es, el orden existente entre los conceptos de proposición, palabra, deducción, de verdad, de experiencia, etcétera. Este orden es un *super-orden* entre —por así decirlo— *super-conceptos*. (Wittgenstein 2009a: 106-107)

El esencialismo-determinismo que concibe el lenguaje como expresión derivada de una realidad esencial falla al examinar la lengua tal como se da entre los hablantes por el conflicto entre la exigencia de lo que se espera que ella sea y la lengua misma: «Un símil absorbido en las formas de nuestro lenguaje produce una falsa apariencia; nos inquieta “¡Pues no es *así!*” — decimos. “¡Pero tiene que *ser así!*”» (Wittgenstein 2009a: 113).

Contrariamente, la tesis wittgensteiniana sostiene que no hay metalenguaje: el discurso no es la manifestación de un «super-orden» esencial ontológicamente primigenio o anterior, sino una realidad en sí misma, no existen trascendencias a modo de «super-conceptos» que unan las palabras a su denotación. La tarea filosófica capital consiste en desmistificar el lenguaje, enfrentando el embrujo lingüístico de lo peculiar, lo *profundo* (Wittgenstein 2009a: 111-113), para comprender que el significado lingüístico no radica en una esencia inmóvil, sino en la movilidad y en la adaptabilidad del uso.

Dado que no existen entidades trascendentes que garanticen la unión de la lengua con su denotación, el enlace entre palabra y referencia se sostiene como una construcción social contingente. Los juegos de lenguaje *son* el lenguaje mismo en acción, esta expresión, según Wittgenstein, remite a la experiencia, a una actividad o *forma de vida* (Wittgenstein 2009a: 37). Aunque no exista un fundamento esencial, el significado lingüístico no es aleatorio, sino que está relativamente establecido por lo social: el lenguaje no es caprichoso o arbitrario porque, aunque esté sujeto a disputas y permanentes cambios, yace socialmente configurado, el uso comunitario determina aproximadamente sus reglas. Si fuese completamente indeterminado no podríamos comunicarnos, pero Wittgenstein se posiciona enfáticamente contra la posibilidad de que exista un *lenguaje privado*.

Las palabras no tienen más límites que los indicados por la comunidad y, aunque este orden no sea aleatorio, tampoco responde a la necesidad de un fundamento único: «Queremos establecer un orden en nuestro conocimiento del uso del lenguaje: un orden para una finalidad determinada; uno de los muchos órdenes posibles, no el orden» (Wittgenstein 2009a: 119). La filosofía de Wittgenstein se basa en dicha comprensión y en la desmistificación del embrujo del lenguaje en pos de su uso plural, pero también en la observación sinóptica cuyo fin es hallar conexiones entre casos que el esencialismo consideraría categorialmente diferenciados, en la problematización de lo simple y lo complejo, la comprensión del carácter material y performativo del lenguaje, el uso de la nominación, la disputa conceptual y el valor de los ejemplares paradigmáticos para la lengua.

3. El marco teórico de Mouffe: antiesencialismo y antideterminismo

Frente a la descripción del marxismo clásico, trazada por Mouffe, que proponía un lenguaje político *a priori* para pensar hechos empíricos bajo una historia teleológica, con identidades sociales esenciales determinadas económicamente y una comprensión objetiva de la sociedad en base a sus modos de producción, la visión posmarxista y discursivista promovida por la filósofa belga abandona y cuestiona dichos elementos. Es preciso destacar que, aunque su pensamiento parta de ciertos elementos comprendidos como yerros en la tradición marxista, su abordaje sobre la subjetividad y la sociedad se inscribe en la misma tradición que busca revisar (Laleff Ilieff, 2021).

Según Mouffe en un anexo teórico incluido al final de su libro *Por un populismo de izquierda* (2018: 113-120) su enfoque antiesencialista sobre la sociedad y los sujetos se expresa en dos postulados. El primero sostiene que la sociedad es el resultado de una serie de prácticas hegemónicas cuyo objetivo es imponer cierto orden en un contexto contingente. Así como Wittgenstein hablaba del establecimiento de un orden entre otros, Mouffe alega «las cosas siempre podrían haber sido distintas, y todo orden se fundamenta en la exclusión de otras posibilidades» (Mouffe 2018: 114). El segundo postulado sostiene que los agentes sociales se constituyen a través de posiciones discursivas que nunca lograrán fijarse plenamente en un sistema cerrado de diferencias, es decir, que no existen identidades esenciales que determinen el lugar de los sujetos en la estructura

social, sino identificaciones subjetivas y contingentes fijadas de forma temporal discursivamente³.

Una noción clave para entender la apertura de las identidades sociales es la de *exterior constitutivo* propuesta por Henry Staten en su libro *Wittgenstein and Derrida* (1984). Su interpretación deconstructivista⁴ de Wittgenstein fue muy influyente en la obra de Mouffe y del resto de los autores adherentes a la *Teoría del Discurso de la Escuela de Essex*⁵. Staten explica la idea de exterior constitutivo a partir de Derrida: dado que las identidades no son esenciales sino diferenciales, no-X funciona como exterior o límite de X afirmando su identidad a través de dicha negación; lo que posibilita la afirmación de una identidad, también evita que se cierre por completo (Staten 1984: 17). Para él, Derrida y Wittgenstein comparten la idea de que el interior de un juego lingüístico sólo puede ser una unión limitada social y políticamente, es decir, para que haya un juego cohesivo que haga a los miembros de una comunidad seguir la misma regla, debe excluirse a otras prácticas, juegos y reglas. Quienes no compartan el lenguaje sostenido por la comunidad serán considerados ajenos a ella⁶ (Staten 2001: 59). Sostiene Mouffe al respecto:

Me ha resultado particularmente útil para tal proyecto la noción de “exterioridad constitutiva”, ya que revela lo que está en juego en la constitución de la identidad. (...) El objetivo es destacar el hecho de que la creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia, diferencia constituida sobre la base de una jerarquía (...) toda identidad es relacional y

³ En otro trabajo profundicé el análisis sobre la cuestión de la subjetividad en la obra de la autora y su aplicación del postulado antiesencialista para la construcción de la agencia política en relación con la cuestión de género: “La propuesta de política feminista antiesencialista y hegemónica de Chantal Mouffe”, Arrigorria (2024).

⁴ Según Staten, Derrida y Wittgenstein se opusieron al esencialismo metafísico practicando una deconstrucción que cuestionó la presencia de identidades ideales, ya sea en el sujeto, el objeto, el significado, las palabras o las reglas. Ambos consideraron al lenguaje como algo común, puesto que es independiente de la intención individual de hacerlo significar, sin embargo, esta comunión, debido a que carece de una base en la auto-mismidad ideal, de ninguna manera predestina la intersubjetividad al consenso (Staten 1984: 111).

⁵ La característica principal de la Teoría del Discurso de la Escuela de Essex es la adopción de una concepción maximalista del discurso en la que todos los objetos son discursivos puesto que sus significados dependen de un sistema de reglas y diferencias construido socialmente.

⁶ Si no existiera tal límite político, la ilusión de la regla se desvanecería y el juego de lenguaje comunitario no tendría frontera ni interior, así la unidad social y el lenguaje común desaparecerían (Staten 2001: 59).

que la afirmación de una diferencia es una precondition de la existencia de tal identidad (Mouffe 2011: 22)⁷.

La noción que estructura relativamente a la sociedad y a los sujetos concebidos de forma antiesencial y antideterminista es la de *discurso*. Al no haber metalenguaje, al deshacerse el binomio de un ámbito de esencias, necesario y primario, frente a otro aparente, contingente y derivado donde el lenguaje remitiera directamente a la referencia signada por el primero, se disuelve también la idea de que lo simbólico se sostenga en relación con un orden objetivo, inmutable e inapelable. Alejándose de la sobredeterminación por la economía althusseriana de la ortodoxia marxista, Mouffe dirá que el significado no se monta sobre ninguna base fija y que el discurso sólo se sostiene por la imposición, aceptación y creencia compartida de sus efectos operativos, es decir, por una *hegemonía*. Dicha noción aparece por primera vez explicada por Mouffe junto a Laclau en *Hegemonía y estrategia Socialista* (1985), texto fundacional para la corriente posmarxista y los estudios sobre análisis del discurso aplicados a la política:

...llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esta práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos *discurso*. Llamaremos *momentos* a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, *elemento* a toda diferencia que no se articula discursivamente (Laclau y Mouffe 2015: 143).

El discurso debe comprenderse como el campo de *determinación simbólica* que posibilita los juegos comunitarios, reflejando y modificando sus formas de vida. La falta de metalenguaje y la existencia de elementos no articulados dan cuenta de su carácter hegemónico: que entre todos los juegos y prácticas se pondere un orden entre otros, muestra la contingencia de la parcialidad que se

⁷ «“Exterioridad constitutiva” de Henry Staten, en la que se destaca que la creación de una identidad implica intrínsecamente el establecimiento de una diferencia, a menudo construida sobre la base de una jerarquía: por ejemplo, entre forma y materia, blanco y negro, hombre y mujer, etc. Si aceptamos que toda identidad es relacional y que necesita de la afirmación de una diferencia para existir, es decir, de la percepción de un otro que constituya su exterioridad, podemos entender que la política añade a la construcción de un “nosotros”, que sólo puede darse a partir de la delimitación de un “ellos”» (Mouffe 2016: 24). Tal noción es ampliamente mencionada por Mouffe: Laclau y Mouffe 2015: 168-170; Mouffe 2011: 22; Mouffe 2003: 28-29; entre otras.

inscribe en el discurso atravesando la construcción identitaria de los sujetos y de lo social. El discurso es abierto y es contingente porque el orden social siempre puede disputarse, a su vez, la apertura y contingencia de lo social está signada por la misma apertura y contingencia identitaria de los sujetos que juegan políticamente en el discurso.

El discurso es hegemónico porque representar las formas de vida no significa reflejar a todas por igual. Así como el orden lingüístico determina aproximadamente el uso de sus expresiones, las formas de vida también se inscriben simbólicamente de acuerdo con lo que se espera que sean, la hegemonía expresa en el juego lingüístico el discurso ganador por ser la parte que representa al todo. Esta comprensión basada en la noción de discurso que vincula la hegemonía y el lenguaje es el rasgo propio de la visión de la escuela del discurso de Essex y del posmarxismo, ambas deudoras de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein (Arrigorria, 2023) y otras herencias intelectuales del siglo pasado.

Aquí también, como sostuve en el apartado anterior en relación con la filosofía de Wittgenstein, aunque el discurso sea intrínsecamente abierto no puede ser completamente indeterminado, puesto que si fuese arbitrario en vez de contingente, lo simbólico se desvanecería ante la falta de suelo común y los hablantes no tendrían más remedio que hablar un lenguaje privado. Dado que este no es el caso, que la comunicación y el fenómeno social existe, aunque no haya meta-lenguaje al cual referir la significación, el discurso debe tener un orden provisorio signado hegemónicamente como resultado de la pugna política⁸.

De la concepción wittgensteiniana del lenguaje como proceso social intrínsecamente abierto y en disputa, Mouffe deriva el agonismo discursivo frente al discurso liberal.

⁸ A mi juicio, la contingencia y la hegemonía, ya eran parte de la noción de lenguaje de Wittgenstein de la cual heredan el concepto de discurso Mouffe y Laclau: «Queremos establecer un orden en nuestro conocimiento del uso del lenguaje: un orden para una finalidad determinada; uno de los muchos órdenes posibles, no el orden» (Wittgenstein 2009b: 119). Dicho orden no refleja una determinación ontológica total sino que resulta de una convención social para la que nunca habrá consenso ni aceptación total.

4. Agonismo y pasiones en el lenguaje: contra el juego liberal

Para Mouffe existen dos concepciones contrarias sobre lo político: una, que lo concibe como un espacio de libertad, racionalidad y consenso, y otra, que lo concibe como un lugar de conflicto, persuasión y antagonismo. La primera corresponde al *liberalismo* y la segunda a su propia posición que, al admitir la existencia de un desacuerdo irresoluble, funcionaría como premisa para una política democrática (Mouffe 2016: 22).

En su visión, el liberalismo no responde a una esencia de “lo liberal”, ni comporta una rígida tesis económica, sino que es «un discurso filosófico con numerosas variantes, unidas no por una esencia común, sino por una multiplicidad de lo que Wittgenstein denomina “parecidos de familia”» (Mouffe 2011: 17; 2016: 23). Estos parecidos familiares organizan el discurso en que predominan los enfoques *racionalistas* e *individualistas* incapaces de comprender la pluralidad y los conflictos propios de lo social.

Según la autora, el liberalismo contemporáneo se articula en base a dos paradigmas: el *agregativo*, que concibe la política como el consenso alcanzado entre adversarios, donde los agentes serían individuos racionales guiados por sus intereses de forma transparente e instrumental; y el *deliberativo*, que reemplaza la racionalidad instrumental por la racionalidad comunicativa presentando el debate político como un espacio donde puede alcanzarse un consenso moral mediante la discusión (Mouffe 2016: 23-24).

El pensamiento mouffeano presenta cinco diferencias con la teoría liberal: 1. distingue lo político como antagonismo, de la política como campo empírico donde se expresa la primera dimensión; 2. su concepción política no se reduce a lo racional, más bien lo excede; 3. sus sujetos políticos no son individuos sino identidades colectivas; 4. su idea de democracia radical incluye principios que exceden la comprensión formal agotada en lo jurídico; 5. da importancia a las instituciones estatales pero su funcionamiento no se agota en ellas. Existen cinco reflexiones sobre el lenguaje que podrían fundamentar o apoyar estos puntos.

1. La brecha entre lo político y la política encuentra una analogía entre el lenguaje como orden no fundamentado en un metalenguaje y orden regulado por lo social. Es decir, lo político y el lenguaje se revelan en el conflicto entre los sujetos por la búsqueda de imponer un orden a falta de fundamento y así

como la política revela el orden instituido como resultado hegemónico de dicho conflicto, el lenguaje también tiene un orden entre otros posibles como resultado hegemónico socialmente establecido.

Sugiero concebir lo político en la obra de Mouffe y el lenguaje en la filosofía de Wittgenstein como casos de lo que Marchart llama *posfundacionalismo* filosófico: si el *fundacionismo* se basa en la postulación de principios universales e innegables basados en entidades trascendentes que fundan el orden político o lingüístico desde el exterior, el posfundacionalismo reacciona a ellos (Marchart 2009: 26). Este constructo teórico no debe confundirse con el *antifundacionismo*, pues, mientras este último niega la existencia de fundamentos operantes, el primero reconoce la existencia de principios rectores aunque no sean más que contingentes, históricos y socialmente contruidos (Marchart 2009: 15). La política mouffeana no remite a un principio universal sino al orden establecido socialmente frente a la ausencia de fundamento político trascendental; el anti-esencialismo y el antideterminismo se expresan en el antagonismo irresoluble de la sociedad. Del mismo modo, la lengua wittgensteiniana no remite a un metalenguaje o fundamento lingüístico trascendental sino al orden contingente de las formas de vida⁹. Al desarmar la noción de fundamento único, verdadero y racional, el posfundacionalismo se opone a la búsqueda de consenso racional y verdadero propuesta por el liberalismo en sus versiones agregativa y deliberativa.

2. La concepción mouffeana de la política como excesiva a la racionalidad, también encuentra un correlato en el lenguaje del pensador austríaco que no se agota en la razón, ni en la comunicación de argumentos. Sobre la consideración del afecto y del conflicto en ambos es posible ver la importancia que dan a la persuasión: en su libro *Sobre la certeza*, Wittgenstein analiza lo que sucede cuando los misioneros católicos buscan convertir a los indígenas y sostiene que, cuando lo que se enfrenta en sus discursos son principios irreconciliables, los interlocutores se acusan mutuamente de locos o de herejes y utilizan el lenguaje de otra forma, no sólo argumentativamente: «He dicho que “combatiría” al otro —pero ¿no le daría razones? Sin duda; pero ¿hasta dónde llegaríamos? Más allá de las razones, está la *persuasión*» (Wittgenstein 2009b: 809).

⁹ La operación posfundacional realizada por el lenguaje wittgensteiniano (en que se basa la idea de discurso mouffeano) se explicita en la convencionalidad del orden, la ausencia de trascendencia y la polemicidad de la verdad: «Verdadero y falso es lo que los hombres dicen; y los hombres concuerdan en el lenguaje. Ésta no es una concordancia de opiniones, sino de formas de vida» (Wittgenstein 2009a: 198-199).

El conflicto intrínseco a lo social no puede resolverse en base a razones porque no existe un metalenguaje en que el lenguaje pueda compararse para resolver las discusiones. La racionalidad comparte el espacio discursivo con el afecto, las pasiones¹⁰ y fundamentalmente con las prácticas:

...podemos inspirarnos en Wittgenstein quien, como he mostrado, proporciona intuiciones muy importantes para una crítica del racionalismo. De hecho, en sus últimas obras destaca el hecho de que, para llegar a un acuerdo en materia de opiniones, ha de haber primero un acuerdo en las formas de vida. En su opinión, no basta con estar de acuerdo en la definición de un término, sino que es preciso estar de acuerdo también en la forma de utilizarlo. Esto significa que los procedimientos deben considerarse como un conjunto complejo de prácticas. Los procedimientos se pueden aceptar y seguir porque están inscritos en formas de vida compartidas y porque hay acuerdo en los criterios. No pueden ser entendidos como reglas que se crean sobre la base de unos principios para aplicarse luego a casos específicos. Para Wittgenstein las reglas son siempre compendios de las prácticas, y son inseparables de las formas de vida específicas. Esto indica que no es posible mantener una separación estricta entre lo «procedimental» y lo «sustancial», o entre lo «moral» y lo «ético», es decir, no es posible mantener las separaciones que son centrales en el enfoque habermasiano (Mouffe 2003: 110).

El párrafo resulta esclarecedor: si el significado de una palabra es su uso, el acuerdo o el desacuerdo no remitirá a la definición lingüística sino a las formas de vida. El lenguaje es una práctica y como no hay metalenguaje que funcione como punto arquimédico para las mismas, este se regula en la *indecidibilidad* de la normatividad social. Según Wittgenstein una regla no puede determinar ningún curso de acción porque toda acción puede hacerse concordar con una regla: si todo puede hacerse concordar con la regla, paradójicamente, también puede hacerse discordar, demostrando que su captación no es la interpretación de una norma anterior, sino que se manifiesta en cada aplicación. El desenlace del problema yace en la inexistencia del *lenguaje privado*: la palabra no puede usarse sin criterios normativos, puesto que si pudiese hablarse un lenguaje privado creer

¹⁰ «Con “pasiones” designo cierto tipo de afectos comunes, a saber, aquellos que se utilizan en el ámbito político para construir las formas de identificación nosotros/ellos. Mi objetivo es desafiar la visión racionalista e individualista dominante en la teoría política democrática para, por el contrario, destacar el carácter colectivo y guerrillero de la acción política y poner de manifiesto el papel crucial desempeñado por los afectos en la formación de las identidades políticas» (Mouffe 2016: 35).

seguir la regla y seguirla efectivamente serían lo mismo (Wittgenstein 2009b: 183). Si el lenguaje no es *efecto* de procesos externos, sino procesos sociales *en sí mismos*, la práctica reglada no ejecuta una tarea ordenada con antelación, sino un modo habitual de conducirse en comunidad: el seguimiento de las reglas tiene carácter social. Su conformidad no es producto de una racionalidad individual de los sujetos sino de un acuerdo entre los mismos.

Como en el asunto de las reglas, la creencia en los valores políticos no depende de un fundamento intelectual sino de la normatividad comunitaria, de aquello a lo que Wittgenstein se refiere como un apasionado compromiso con un sistema referencia, de modo que, pese a ser una creencia, esto sea una forma de vida o un modo de evaluarla. Por eso, en oposición a lo que sostiene el liberalismo, adoptar esta perspectiva implica reconocer los límites del consenso racional (Mouffe 2003: 111).

3. Los sujetos políticos mouffeanos no son individuos aislados, sino identidades colectivas por imposibilidad de practicar un lenguaje privado. Dado que no hay reglas fijas y las interpretaciones solas no determinan el significado, los sujetos se guían por el uso estable de las mismas, así, la costumbre y la permanencia de lo simbólico remiten al ámbito en que los sujetos se incorporan al lenguaje como forma de vida conjunta. Si la identidad es relacional y comprensible por otros, ellas no pueden expresarse privadamente.

4. La idea mouffeana de democracia radical se basa en la exaltación de principios que exceden la comprensión formal o positivista procedimental que concibe la democracia como modo de organización política cuyas leyes son sancionadas por una mayoría electa. Ante la concepción liberal, Mouffe opone el *principio democrático* formulado por Schmitt (Schmitt 1971: 43) entendido como el presupuesto de homogeneidad e identidad entre gobernantes y gobernados que supone la unidad política. En términos lingüísticos, ella propone la elaboración de una significación común fuertemente democrática que exalte los principios de *igualdad y libertad*. Estos deben pensarse a través de los *paradigmas*: «Es un paradigma en nuestro juego; algo con lo que se hacen comparaciones. Y constatar esto puede ser hacer una constatación importante; pero es sin embargo una constatación concerniente a nuestro juego de lenguaje — a nuestro modo de representación» (Wittgenstein 2009a: 65). Dado que los conceptos, en este caso igualdad y

libertad, no tienen sentido según la definición sino según el uso, la importancia de los paradigmas como determinantes de la práctica resultan clave¹¹.

Un ejemplo de los paradigmas en los juegos de lenguaje podría darse en el análisis del concepto *libertad*: en el discurso hegemónico neoliberal esta noción constituye el elemento central cuyo uso paradigmático está signado por la idea de libertad individual; aunque existan distintos usos para la palabra, la referencia más fuerte que rige el discurso a través de su carácter centralizador es la que pone al individuo como portador de la misma, de modo que otros usos posibles como la libertad política, económica, sexual, la libertad de reunión, de opinión, de prensa, etcétera, serán organizados en función de su acercamiento al ejemplar paradigmático que anuda el sentido. Una contrahegemonía discursiva no podría ejercerse ignorando esta idea: para disputarla sería preciso trocar su uso paradigmático, por ejemplo, cambiando el criterio individual por el colectivo. Dicha operación incluye la razón y la persuasión que muestra cómo otro modo de libertad es posible para cambiar su percepción. Reconocer los paradigmas resulta imprescindible para el análisis y la disputa política, puesto que estos distinguen elementos periféricos y centrales de la red de parecidos.

5. La democracia radical valora las instituciones estatales pero no se reduce a ellas. Esta aspira a que la democracia se radicalice, no sólo en políticas concretas, sino también en la gramática social: una hegemonía de valores democráticos requiere la multiplicación de prácticas democráticas variadas, «de esta manera —y no tratando de proporcionarle un fundamento racional— no sólo estaremos en condiciones de defender la democracia, sino también de profundizarla» (Mouffe 2017: 39)¹².

¹¹ Los paradigmas determinan el uso organizando la multiplicidad de parecidos familiares: conceptos como igualdad o libertad pueden utilizarse con sentido, no porque refieran a alguna esencia o referencia universal conocida por los hablantes, sino porque se usan atendiendo a los parecidos familiares que involucran una red de usos en conflicto: porque hay polisemia y potencial disputa es que pueden haber diversas dimensiones, descripciones y connotaciones de ellos (Muñoz 2004a: 100).

¹² «Lo que compartimos y hace de nosotros ciudadanos de un régimen democrático liberal no es una idea sustancial del bien, sino un conjunto de principios políticos específicos de esa tradición: los principios de la libertad constituyen lo que, de acuerdo con Wittgenstein, podemos llamar «gramática» de la conducta política» (Mouffe 2017: 96).

5. Los juegos de lenguaje en la teoría democrática de Mouffe

La importancia del pensamiento wittgensteiniano para la democracia no radica, según Mouffe, en extraer una teoría política de su obra ni en elaborar una nueva basándose en ella, sino en un nuevo modo de teorizar que rompe con las fórmulas universalizantes y homogeneizadoras. Un punto de partida sería admitir que la democracia no es el único orden aceptable igualmente por todos los hombres racionales y razonables como versa el liberalismo, sino que, sin caer en el relativismo, se lo admita uno entre otros órdenes posibles, considerando una pluralidad de respuestas legítimas a la pregunta sobre cuál es la forma de organización política más justa. El contextualismo provisto por Wittgenstein ayudaría a problematizar la perspectiva liberal que pregona un diálogo pretendidamente neutral y/o racional (Mouffe 2003: 75-78).

Mouffe describe su idea de *pluralismo agonista* como un modo de teorizar inspirado en Wittgenstein por el intento de desarrollar una de sus intuiciones fundamentales: la de aprehender qué significa seguir una regla (Mouffe 2003: 85). Para comprender esta idea es preciso saber qué son el agonismo y el pluralismo mouffeanos.

En primer lugar, la idea de *agonismo* es heredera de la noción de *antagonismo* formulada por Carl Schmitt en su obra *El concepto de lo político*, donde sostiene que la especificidad de éste último debe hallarse en la distinción a la que pueda reconducirse toda acción política: el par amigo-enemigo (Arrigorria, 2020). Este no debe concebirse metafórica o simbólicamente, debilitarse en nombre de cuestiones económicas o morales, ni reducirse a una instancia psicológica, espiritual o individual, este debe considerarse concreta y existencialmente (Schmitt, 2009: 56-59). Basándose en la permanencia del conflicto, su excedencia respecto a la economía como sostenía el marxismo¹³ y la idea de

¹³ Existen tres diferencias fundamentales entre la noción de agonismo mouffeano posmarxista y el antagonismo propio del marxismo tradicional: 1. Mientras que el marxismo reconoce una posición objetiva de los sujetos determinada por la economía y una contradicción entre ellos basada en las clases sociales, el posmarxismo considera que la posición subjetiva se sobredetermina simbólicamente mediante el lenguaje y la identificación, aquí el antagonismo no sería una relación objetiva entre clases previamente determinadas sino desarrolladas a posteriori por el establecimiento de una diferencia. 2. En el marxismo, la identidad de los sujetos determinados económicamente proveía de un sustento racional al antagonismo por el cual los agentes podían operar en función de una condición estructural, contrariamente, para el posmarxismo los sujetos determinados simbólicamente no tienen un sustento meramente

exterior constitutivo que concibe la identidad por afirmación de una diferencia, Mouffe elaboró su noción de agonismo.

Dada la agresividad del antagonismo schmittiano para la propuesta democrática, la autora desarrolla el concepto de agonismo aceptando la dimensión antagonónica del conflicto y proponiendo su domesticación: si el antagonismo es una relación amigo-enemigo, el agonismo será una relación adversarial nosotros-ellos, no sólo compatible, sino necesaria para la democracia, ya que todo *nosotros* se configura en oposición a un *ellos*. Este consenso conflictivo se montaría sobre un acuerdo sobre los principios éticos que forman la asociación política aunque expresen esos valores a través de distintas interpretaciones: «aunque en conflicto, se perciben a sí mismos como pertenecientes a la misma asociación política y participantes de un espacio simbólico común dentro del cual tiene lugar el conflicto» (Mouffe, 2016: 27). El agonismo, para ella, no debe confundirse con la idea liberal del *adversario*, puesto que aquí el antagonismo no es eliminado ni eliminable, sino sublimado, y no se monta sobre un campo supuestamente neutral: la política es hegemónica y no neutra porque siempre excluye una diferencia.

En segundo lugar, comprendiendo el antagonismo que configura la sociedad como totalidad política imposible Mouffe concluye en la noción de pluralismo como campo imborrable de las diferencias¹⁴. Aunque Schmitt lo desdeñara por atentar contra el principio unificador de un *demos* homogéneo, ella sostendrá que este es tan necesario e ineliminable como el mismo antagonismo que da lugar al campo político, social y lingüístico. Según Mouffe, el liberalismo también falla, no sólo empírica sino constitutivamente, al pretender subsumir la pluralidad de demandas a un orden universal de valores y sustituir la legitimidad por la legalidad formal como si los conflictos pudieran ser evitables, historizándolos como producto de concepciones pasadas y sujetos arcaicos. La tesis liberal debe ser,

racional del antagonismo sino que en esta relación, a menudo opaca para ellos, opera la pasión. 3. Mientras que el antagonismo marxista es una relación solucionable en la sociedad postcapitalista sin clases sociales, el antagonismo y el agonismo posmarxistas son ineliminables y propios de lo político como tal.

¹⁴ «El hecho de ver las cosas de esta forma debería hacer que nos percatásemos de que tomarlos en serio al pluralismo nos exige abandonar el sueño de un consenso racional que implique la fantasía de que podemos escapar de nuestra forma de vida humana. En nuestro deseo de un conocimiento total, dice Wittgenstein, “Hemos llegado hasta el hielo resbaladizo, donde no existe la fricción, y así, en cierto sentido, las condiciones son ideales, pero también, y justamente por eso, somos incapaces de caminar: por consiguiente, necesitamos fricción. Vuelta al duro suelo”» (Mouffe 2003: 111).

según ella, desafiada a través de sus mismos principios: no existe oposición entre libertad e igualdad, sino *contaminación* y *complementación* mutua.

Aquí radica la potencia de las reglas wittgensteinianas: si la aplicación de una palabra no está absolutamente delimitada por reglas que impiden introducir la duda (Wittgenstein 2009a: 95), es preciso albergarla para ver el uso efectivo de los términos, su contaminación y complementación en la *realpolitik*. Por un lado, las reglas cuestionan la significatividad del discurso mostrando la falta de esencia y de límites de los conceptos, y por otro lado, cuestionan la rigidez en su uso.

Concebir el lenguaje como expresión de lo profundo y pensar rígidamente las reglas colisionando figura y aplicación es ignorar que el sentido lingüístico radica en su uso y que las reglas cambian con su seguimiento. Según Wittgenstein esta incompreensión se debe a no ver sinópticamente el uso de las palabras, frente a esto, propone la representación sinóptica consistente en ver conexiones, encontrar e inventar casos intermedios (Wittgenstein 2009a: 117). Pensar la igualdad y la libertad, no como conceptos abstractos, sino en el uso político efectivo exige ver cómo estos juegan en el lenguaje:

Lo que no puede ser objeto de discusión en una democracia liberal es la idea de que es legítimo establecer límites para la soberanía popular en nombre de la libertad. De ahí su naturaleza paradójica (...) resulta vital para la política democrática comprender que la democracia liberal es el resultado de la articulación de dos lógicas que en última instancia son incompatibles, y que no hay forma de reconciliarlas sin imperfección. O bien, por decirlo a la manera de Wittgenstein, que hay una tensión constitutiva entre sus respectivas «gramáticas», una tensión que nunca puede superarse sino únicamente negociarse de distintos modos. Esta es la razón de que el régimen liberal democrático haya sido objeto de constantes pugnas, pugnas que han constituido la fuerza impulsora de los desarrollos políticos e históricos (Mouffe 2003: 22).

Libertad e igualdad son términos en tensión que no constituyen una contradicción, sino una *paradoja* irresoluble que caracteriza la forma democrática como lugar vacío. La tesis liberal debe desafiarse a través de sus principios: no existe oposición entre libertad e igualdad, sino contaminación y complementación mutua. Que el desarrollo de la libertad individual dependa de la igualdad ante la ley y que la igualdad entre los miembros de una comunidad dependa de la garantía de sus libertades individuales son juegos de lenguaje que

muestran cómo en la práctica ambos términos se contaminan y complementan: se contaminan porque sus límites se desvanecen cuando la afirmación de uno de ellos concluye en su par pretendidamente opuesto y se complementan porque cada uno es necesario para la completa realización del otro.

Según Mouffe, existen muchas formas de jugar el juego de lenguaje democrático y la lucha agonista debería introducir nuevos sentidos para que la idea de democracia se radicalice: las relaciones de poder no se desafían como una negación abstracta sino de forma hegemónica mediante la desarticulación de prácticas existentes y la creación de nuevos discursos¹⁵ (Mouffe 2011: 40). Al respecto, es menester recordar la idea de cambio en Wittgenstein¹⁶:

Si imaginamos los hechos distintos de como son, ciertos juegos de lenguaje pierden su importancia mientras que otros se convierten en importantes. Así se transforma, poco a poco, el uso de los términos de un lenguaje (...) Cuando cambian los juegos de lenguaje cambian los conceptos y, con éstos, los significados de las palabras (Wittgenstein 2009b: 659).

Para Mouffe, la domesticación agónica del antagonismo, la asunción de la paradoja democrática y la creación de nuevos juegos lingüísticos permiten pensar la adhesión a la democracia y su radicalización, no mediante una argumentación racional, sino a través de juegos del lenguaje que, en tanto formas de vida, construyen prácticas democráticas.

¹⁵ El hecho de vivir bajo instituciones conservadoras dedicadas al mantenimiento y la reproducción del orden hegemónico existente no nos somete a su hegemonía: así como Wittgenstein enseña que el significado depende del contexto y el uso determina el sentido, darle un nuevo uso a las instituciones puede subvertir el marco ideológico de la sociedad actualmente existente (Mouffe 2014: 106).

¹⁶ «Podríamos imaginar que algunas proposiciones, que tienen la forma de proposiciones empíricas, se solidifican y funcionan como un canal para las proposiciones empíricas que no están solidificadas y fluyen; y también que esta relación cambia con el tiempo, de modo que las proposiciones que fluyen se solidifican y las sólidas se fluidifican» (Wittgenstein 2009b: 669).

6. Conclusiones

Mi objetivo en este trabajo ha sido realizar una aproximación a la apropiación de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein por parte de Chantal Mouffe mostrando la influencia del pensador austríaco en la elaboración de una teoría política antiesencialista y antideterminista y la utilización de sus conceptos como herramientas útiles para el análisis político.

Tras presentar el problema, hice un *racconto* de los aspectos más destacados de la filosofía lingüística wittgensteiniana: la comprensión de las palabras a través de su uso, para pensarlas cual si fueran herramientas; el desarrollo de juegos de lenguaje en los que debe observarse el contexto de enunciación; y la noción de parecidos familiares que muestra la multiplicidad de juegos inscritos en el lenguaje. De la indeterminación ontológica se deriva, para el pensador austríaco, una indeterminación esencial del sentido: no hay fijación entre palabra y referencia en el plano lingüístico porque no hay correlato fijo en el plano ontológico. Puesto que el lenguaje es una práctica, su determinación aproximada está socialmente dada.

Luego, presenté el marco teórico desarrollado por Mouffe para mostrar cómo esta falta de determinación se expresa en la constitución de la sociedad y los sujetos. Estos pueden comprenderse a la luz de la idea de exterior constitutivo que, según Henry Staten, autor influyente para la filósofa belga, está presente en el deconstructivismo de Derrida y Wittgenstein: los sujetos y las sociedades se determinan gracias a su diferencia con una alteridad excluida que funciona como su límite constitutivo. El concepto mouffeano que estructura y une relativamente a la sociedad y los sujetos es el de discurso, pero al no haber metalenguaje y al deshacerse el binomio de un ámbito esencial, necesario y primario, frente a otro aparente, contingente y derivado donde el lenguaje remitiera al sentido signado por el primero, se disuelve también la idea de que el orden simbólico se sostenga en relación con una realidad objetiva: así, el orden simbólico es el discurso disputado hegemónicamente.

Después, profundicé en otros aspectos de la teoría mouffeana como el agonismo y las pasiones, para mostrar cómo estos elementos se oponen a la concepción liberal de la política. La autora concibe a los liberales a través de los parecidos familiares: el liberalismo estaría caracterizado, entonces, por el predominio del

racionalismo y del individualismo, elementos que dificultarían la comprensión del conflicto y de la pluralidad propios de lo social.

Al presentar la oposición de Mouffe al liberalismo, esquematicé las diferencias en cinco puntos que podrían apoyarse en la teoría de Wittgenstein: 1. la distinción entre lo político y la política puede entenderse por analogía entre el lenguaje, como un orden esencialmente infundamentado, pero regulado por lo social; 2. la importancia del afecto y de la persuasión en la política, al igual que la lengua, muestra su no agotamiento en la razón y en la transmisión de argumentos; 3. la identificación colectiva como la imposibilidad de hablar un lenguaje privado; 4. la idea de democracia radical como excedente a la comprensión política formal y la importancia de una significación democrática común que exalte los principios de igualdad y libertad; y 5. el valor de la multiplicación de prácticas democráticas.

Aunque mi objetivo puntual en este trabajo era mostrar los usos de la filosofía wittgensteiniana en la propuesta intelectual de Chantal Mouffe, espero también haber puesto de relevancia su utilidad como herramienta de análisis político y conceptual.

Bibliografía

- ARRIGORRIA, Agustina (2023). “Las *Investigaciones Filosóficas* y el posmarxismo: usos de la filosofía de Wittgenstein en la obra de Laclau y Mouffe”. *El banquete de los dioses*, 12, pp. 294-325. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/ebdld/article/view/7974/7562>
- (2020). “La influencia de Carl Schmitt en la obra de Chantal Mouffe”. *Avatares Filosóficos*, 7, pp. 138-148. <http://revistas.filo.uba.ar/index.php/avatares/article/view/3840/2577>
- GAKIS, Dimitris (2018). “The political import of Wittgenstein’s *Philosophical Investigations*”. *Philosophy and Social Criticism*, Vol. 44/3, pp. 229-252.
- GARCÍA-CARPINTERO, Manuel (1996). *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Ariel.
- GIACAGLIA, Mirta (2005). “Ch. Mouffe y E. Laclau: una lectura de los aportes de Ludwig Wittgenstein para pensar la idea de democracia radical y plural”. *Tópicos Revista de Filosofía de Santa Fe*, Vol. 12, pp. 125-136. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/Topicos/article/view/7453/10824>

- GUERRERO, Manuel (2012). “Pensar lo social desde los ‘juegos de lenguaje’ como posibilidad de la democracia: el momento wittgensteiniano en el pensamiento social y político de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe”. *Revista Trabajo Social*, Vol. 81, pp. 7-20. <https://revistatrabajosocial.uc.cl/index.php/RTS/article/view/19013/15635>
- JACORZYNSKI, Witold (2011). “La filosofía de Ludwig Wittgenstein como una nueva propuesta para la antropología y las ciencias sociales”. *Sociológica*, Vol. 26/74, pp. 177-204. <https://sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/98/89>
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (2000). “Posmarxismo sin pedido de disculpas”. En Laclau, Ernesto (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 111-145). Buenos Aires: Nueva visión.
- (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- LALEFF ILIEFF, Ricardo (2021). “El sujeto en Laclau y Mouffe”. En Palti, Elías (Ed.) *El concepto de sujeto en el pensamiento contemporáneo*. Buenos Aires: Prometeo.
- MARCHART, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- MARTÍNEZ, Horacio (2017). “Wittgenstein y la teoría política: voluntad, libertad y democracia radical. (Elementos para una lectura no conservadora de la filosofía wittgensteiniana)”. *Guairacá Revista de filosofía*, Vol. 33/1, pp. 3-21. <https://revistas.unicentro.br/index.php/guaiaraca/article/view/5058>
- MOUFFE, Chantal (2001). “Wittgenstein and the Ethos of Democracy”. En Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) *The Legacy of Wittgenstein: Pragmatism or Deconstruction* (pp. 131-138). Frankfurt a.M.: Peter Lang.
- (2003). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona: Gedisa.
- (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- (2014). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- (2016). *Política y pasiones. El papel de los afectos en la perspectiva agonista*. Valparaíso: Editorial UV de la Universidad de Valparaíso.
- (2017). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Buenos Aires: Paidós.
- (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- MUÑOZ, María Teresa (2004a). “El discurso político. Notas para un acercamiento wittgensteiniano”. *Signos Filosóficos*, Vol 6/12, pp. 93-115. <https://signosfilosoficos.izt.uam.mx/index.php/SF/article/view/282/271>
- (2004b). “La relevancia de Wittgenstein para el pensamiento político”. *Andamios*, Vol. 1, pp. 197-231. <https://andamios.uacm.edu.mx/index.php/andamios/article/view/57/54>
- NORVAL, Aletta (2006). “Democratic Identification. A Wittgensteinian Approach”. *Political Theory*, Vol. 34/2, pp. 229-255.
- PENELAS, Federico (2020). *Wittgenstein*. Buenos Aires: Galerna.
- SCHMITT, Carl (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1971). *Legalidad y legitimidad*. Madrid: Ediciones Aguilar.
- STATEN, Henry (1984). *Wittgenstein and Derrida*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- (2001). “Wittgenstein’s Deconstructive Legacy”. En Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) *The Legacy of Wittgenstein: Pragmatism or Deconstruction* (pp. 43-62). Frankfurt a.M.: Peter Lang.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (2009a). *Investigaciones filosóficas*. Madrid: Gredos.
- (2009b). *Sobre la certeza. Ludwig Wittgenstein 1*. Madrid: Gredos.

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0



Recibido: 08/02/2022

Aceptado: 26/10/2023